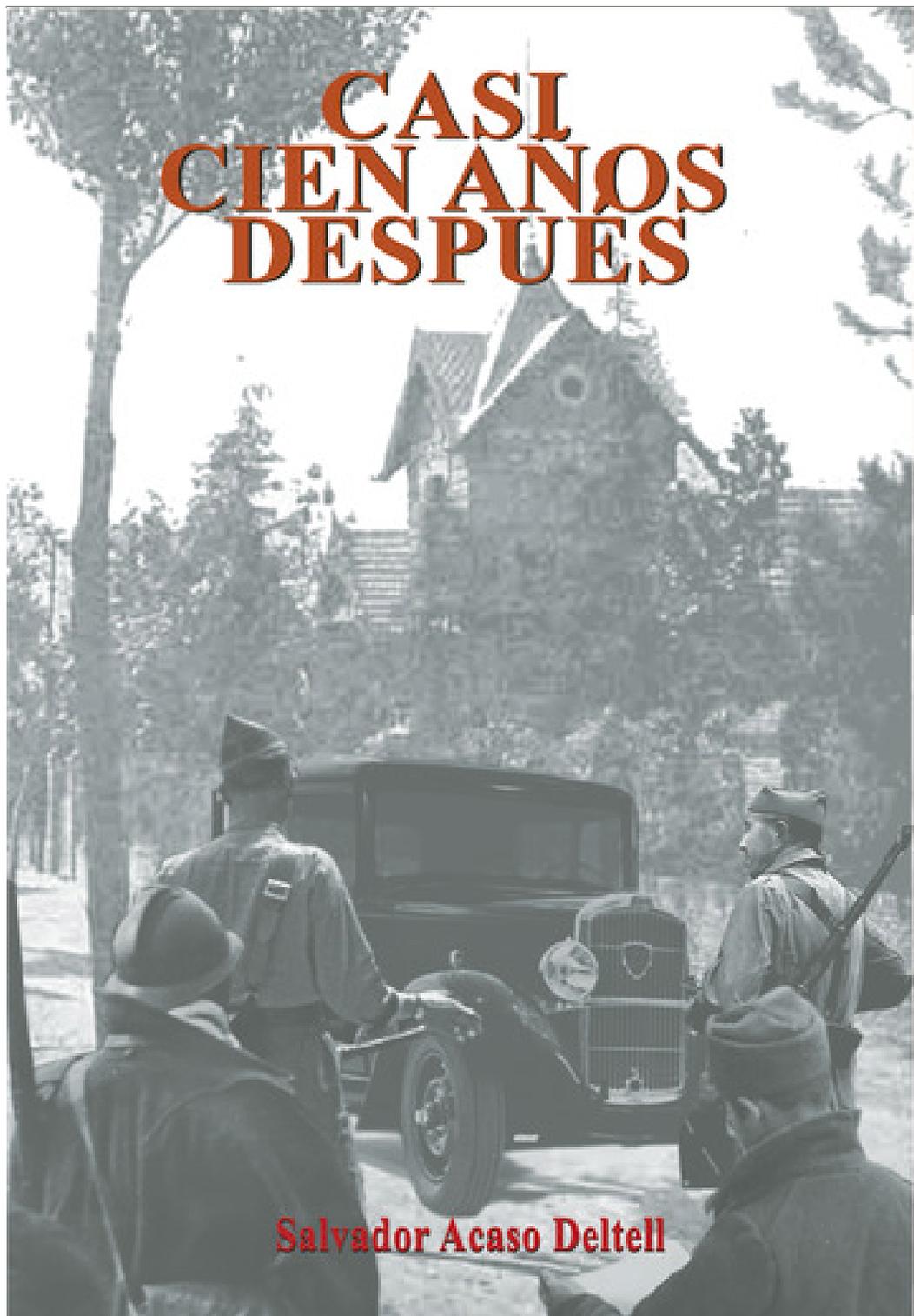


CASI CIEN AÑOS DESPUES

Salvador Acaso Deltell



Nota del Autor

Antes de que el lector se adentre en esta novela considero oportuno hacer algunas advertencias.

Los personajes y los hechos que aparecen en estas páginas son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Que yo sepa, no ha existido una agrupación política denominada Confederación de Trabajadores Antifascistas (CTA) ni una checa conocida como Checa de Chamartín. Tampoco, a Dios gracias, ha existido alguien llamado Benito Quesada Cañizares¹

Sí existen los archivos en los que se basó la obra titulada “Causa General: La Dominación Roja en España”. Por razones de comodidad para los protagonistas y simplicidad de la trama los he situado en los sótanos del Ministerio de Justicia. Todos los documentos, carpetas y archivadores citados en esta obra, así como su identificación, son imaginarios.

Lo que relato en la presente novela es pura invención pero está inspirado en hechos reales. Por increíble que parezca, existió algo denominado el “Túnel de la Muerte” (interesados pueden teclear en Google “túnel de la muerte guerra civil” y obtendrán copiosa información) Algunos desalmados ofrecie-

¹ Aclararé que ese nombre me lo inventé inspirándome en el de tres de los personajes del programa de televisión llamado “Cámara Café”. Por tanto, nadie puede sentirse aludido.

ron a personas de derechas refugiadas en diferentes embajadas el pasar a Zona Nacional por un túnel existente en Usera cobrando grandes sumas a cambio del “favor”. No existía tal túnel y quienes cometieron el error de confiar en quienes no debían, pagaron con su vida su exceso de confianza. Sesenta y siete personas fueron asesinadas.

Que nadie piense que esta novela se escribió con la intención de denigrar a los republicanos. Nada más lejos de la intención del autor. A quien se desea denigrar es a los vulgares delincuentes que amparados en nuestra guerra civil cometieron toda clase de crímenes.

Hoy en día, afortunadamente, parece imposible tal grado de salvajismo. Es verdad que una guerra civil saca del interior de cada uno lo peor que tenemos dentro. Lo cierto es que entre los nacionales y los republicanos había auténticos criminales que aprovecharon la guerra para dar suelta a sus peores instintos. Deseo con todas mis fuerzas que los españoles nunca volvamos a enfrentarnos en una guerra civil.

Espero que esta novela les interese.

Madrid, Primavera de 2021.

**PRIMERA PARTE
(MADRID, DE JULIO A
OCTUBRE DE 1936)**

Capítulo 1

La Palomera (Valladolid) a 8 de Julio de 1936

Queridos Papá y Mamá y Tinín:

Estoy muy bien aquí, en la finca del abuelo Nicolás y tengo una noticia que daros: me ha regalado por mi cumpleaños un caballo para mi solo que se llama Marquesito y es muy bonito de color marrón con la crin blanca. Estoy muy contento y el abuelo me enseña a montar y dice que lo hago muy bien y que no tengo casi nada de miedo. Ayer estuvimos en Valladolid y el abuelito me compró unas botas de montar que llegan hasta la rodilla y me he pasado toda la tarde dándolas grasa y no me manché mucho.

Me acuerdo mucho de vosotros y de mi hermano. ¿Cuándo vais a venir?

Vuestro hijo que os quiere,

Nicolás

Agustín Gálvez Mondéjar leía con emoción de padre la carta de su hijo recibida el día anterior. Había sido una buena idea mandar a Nicolás a Valladolid. Tenía once años y no había quien le tuviera encerrado en casa. No estaban las cosas en Madrid como para andar jugando en la calle. Había habido tiroteos en el Paseo de la Castellana, no muy lejos de la calle Lagasca donde vivían, con motivo del entierro de un alférez de la Guardia Civil asesinado por los republicanos. ¿Por qué

no mandaría también a Agustín, su hijo pequeño a la finca de su suegro? Bueno, había diversas razones, ninguna de ellas satisfactorias: Tinín estaba muy enamorado y ni Mercedes, su esposa, ni el niño querían separarse. Además, su salud no era buena: tosía demasiado y ello hacía que Mercedes estuviese continuamente cuidándole, vigilándole y llevándole al médico con razón o sin ella. Para colmo, sus notas en el Colegio no habían sido buenas y no era cuestión de, encima, darle un premio. De todas formas, él hubiese preferido que sus dos hijos, incluso su esposa, estuviesen en la Palomera respirando aire puro y a salvo de los alborotos de la Capital.

La carta estaba escrita con una letra infantil pero muy legible y ordenada. Le había sido dictada por el abuelo Nicolás, estaba claro, pero eso era lo lógico: un niño de once años no sabe todavía redactar una carta. La verdad es que le había hecho mucha ilusión recibir un sobre a su nombre y que, en su parte posterior se leyera:

Remite: Nicolás Gálvez Herrera

¡Era su hijo quien le había escrito! Por primera vez en su vida, Nicolás había actuado fuera de su ámbito de influencia. El niño empezaba a ser un jovencito...

Guardó la carta y el sobre en un cajón de su mesa. Respiró hondo: casi se arrepentía de haber engendrado dos hijos en la convulsa España que les había tocado vivir. La violencia más salvaje aparecía por doquier. Señoritos y frentepopulistas andaban a tiros por las calles. Había toda clase de rumores sobre un inminente golpe de estado militar. ¡Pobre República española! Claro que republicanos de verdad había muy pocos. La derecha veía a la matrona que representaba a la República como un enemigo al que había que hacer desaparecer. La izquierda consideraba a la República solo como el peldaño anterior a su verdadero objetivo: la revolución social y la consiguiente dictadura del proletariado.

Bien claro había quedado en el año 1934. Algunos socialistas no habían podido esperar más y se habían alzado en armas contra la República. Curiosamente, el Ejército y la Guardia Civil, los mayores enemigos de la nueva Constitución, eran quienes más empeño habían demostrado en defenderla. Tanto que, ahora, la izquierda proclamaba a los cuatro vientos la despiadada represión que había seguido a la fracasada revolución.

Señoritos y proletarios enzarzados a muerte. Unos por seguir siendo unos señoritos y los otros para que dejaran de serlo.

Agustín Gálvez Mondéjar buceó en sus orígenes. ¿Era él un señorito? Su padre había sido el humilde propietario de una diminuta tienda de ultramarinos en la calle del Cardenal Cisneros en el Barrio de Chamberí de Madrid. Una escuela gratuita, excelentes notas, una beca en el colegio de los Hermanos Maristas del Paseo del Cisne, el primero de la clase, la Escuela de Ingenieros Industriales... Salió allí siendo el número dos de la promoción y una fama bien merecida de hombre trabajador y conciencuzdo. Muy poco tiempo después, el que ahora era su suegro, Don Nicolás Herrera López, le contrató para que trabajara a sus órdenes en "Manufacturas Metálicas Herrera S. A." en Madrid. Apenas dos años después, en la cena que Don Nicolás ofrecía a sus directivos por Navidad conoció a Mercedes Herrera... El amor y el trabajo se entrelazaron para siempre. Por lo menos hasta que la Muerte les separase según dijo el cura que les casó después de un noviazgo absolutamente clásico: chico humilde pero listo y trabajador se casa con la rica hija del dueño de una fábrica de la que luego llegaría a ser el Director.

Bueno; eso no era totalmente cierto. Agustín no era más que el Director Técnico, pero, a efectos prácticos, era el verdadero Director de "Manufacturas Metálicas Herrera S.A." Su suegro, Don Nicolás, siempre le tuvo afecto y no vio con malos ojos el que su no excesivamente guapa hija única se casase con aquel joven tan prometedor. Ahora, don Nicolás pasaba largas temporadas en La Palomera, su finca. En otoño cazoteaba a lo largo de sus muchas hectáreas. En verano se refugiaba allí de los calores de Madrid y afirmaba con entusiasmo que allí no

había nada tan bonito como la primavera. En definitiva, quien estaba al frente de la empresa era Agustín. Y no debía hacerlo mal porque habían seguido repartiendo jugosos beneficios a sus propietarios: Don Nicolás, su hija Mercedes y unos pocos amigos suyos accionistas minoritarios.

Luego llegó la República. Aquel 14 de abril de 1931 no se borraría nunca de su memoria: la clase baja, los proletarios, los campesinos, habían derribado a Alfonso XIII del trono. Cantaron a gritos

*¡Que no se ha ido!
¡Qué le hemos echao!*

Nada más y nada menos. Y sin sangre... Agustín, cinco años antes, se había alegrado de la victoria del pueblo. Atribuyó a la recién nacida República unas virtudes que luego no demostró tener. Esperaba que la libertad y la feliz convivencia reinasen sobre la piel de toro. No fue así: en pocos días se puso de manifiesto que había dos Españas separadas por un abismo infranqueable.

Era un proceso universal. En Francia había concluido un siglo antes una orgía de sangre, libertad y el funcionamiento sin tasa del invento del Dr. Guillotin. Hasta el siglo XX, obreros y campesinos habían sido, tal vez porque no tenían otro remedio, sumisos, respetuosos y humildes. Luego hicieron su aparición nuevas doctrinas que decían que todos los hombres eran iguales y que nadie, por nacimiento, valía más que otro. Los desfavorecidos empezaron a pensar que porque ellos tenían que pasar hambre y miserias mientras que los ricos nadaban en la abundancia.

No pudo por menos que pensar en su hijo Nicolás: ¿cuántos trajes tendría? ¿Y zapatos? Ahora su abuelo, de quien era su ojito derecho, le acababa de regalar un caballo llamado "Marquesito". ¿Y los hijos de los doscientos obreros de la fábrica? Agustín pondría la mano en el fuego porque ninguno de ellos tendría zapatos. Usarían alpargatas durante toda su vida.

El día anterior, Agustín se había comprado un par de zapatos: de color marrón, horma inglesa, cordones... Le quedaban como un guante y le habían costado nada menos que treinta pesetas. Con esas pesetas se podían comprar muchos pares de alpargatas. Apretó los dientes y reconoció que no era justo que aunque él se ganase muy bien ganado su sueldo el gastarse en unos zapatos lo que tenían que pagar muchos obreros por sus alpargatas no estaba bien.

Él había vivido si no la miseria, sí la carencia de todo lo superfluo. Su pobre padre se mataba a trabajar detrás del mostrador de su tienda para que su mujer y su hijo no pasaran hambre ni tuvieran frío en invierno. Pero los productos ultramarinos, en una tienda de apenas diez metros cuadrados incluido el almacén, no daba para más. Agustín llevó alpargatas toda su niñez. Su padre trabajaba en la tienda con alpargatas y su madre, mientras su salud se lo permitió, barría, lavaba y planchaba en las casas de los señoritos también en alpargatas.

Todavía guardaba su primer par de zapatos. Se los regalaron sus padres cuando terminó el Bachillerato y, gracias a la beca que le concedió el Ministerio de Instrucción Pública, se disponía a acudir a la Escuela de Ingenieros Industriales. Tal vez aquellos zapatos significasen algo muy especial: Agustín Gálvez Mondéjar estaba a punto de abandonar la clase baja a la que hasta entonces había pertenecido para alcanzar otra clase superior de la que todavía no podía ni tan siquiera adivinar los detalles.

Ahora pertenecía a la clase alta. Eso era algo que incluso ahora le sorprendía. ¡Clase alta! Por encima estaba todavía la aristocracia con sus ínfulas de grandeza aunque demasiadas veces no tuvieran ni un duro.

Eso era, a veces, un problema con Mercedes, su mujer. Ella había sido rica desde el momento en el que nació y para ella la clase baja pertenecía a un mundo diferente con el que resultaba de mal gusto relacionarse. Como era natural, odiaba a la República con todas las fuerzas de su alma. Había sido monárquica de siempre, como su padre, pero últimamente sentía un casi morboso interés por aquellos falangistas que no dudaban

en enfrentarse a puñetazos y a tiros con los del Frente Popular. Para ella su odio hacia la República y los republicanos era una auténtica religión y como religión que era, los partidarios del Frente Popular eran herejes, infieles y merecían la muerte y el infierno. Ni tan siquiera admitía la opinión de quienes, como su marido, tenían tendencia a ver las cosas desde todos los puntos de vista y trataban de determinar qué parte de razón tenían unos y otros.

Aquella tarde, precisamente por eso, habían discutido. Mientras cenaban lo que la cocinera les había dejado preparado Mercedes empezó, una vez más, su diatriba habitual contra la República y los proletarios. Agustín, imprudentemente, trató de hacerla ver que muchos obreros y campesinos vivían en condiciones miserables mientras que empresarios y terratenientes amasaban grandes fortunas. Allí fue Troya: Mercedes se sintió indirectamente aludida y dijo toda clase de barbaridades contra esos seres miserables, incultos, sucios y enfermos que estaban esperando la oportunidad de despojar de lo que era suyo a los ricos. Y eso lo decía quien no había trabajado en su vida...

Agustín no tenía ganas de discutir. Al día siguiente tenía que volver a la fábrica y ello era ya de por sí lo suficientemente malo como para no desear más conflictos. Antes del postre se levantó en silencio y se marchó a su despacho a leer. Cerró la puerta, lo que avisaba a Mercedes que no deseaba que le molestasen.

Había pasado como poco un par de horas y empezaba a sentir sueño. Llegaba el momento de marchar a la cama aunque ello suponría el tener que enfrentarse a Mercedes que estaría de morros.

Escuchó como se abrían y cerraban puertas y, después, unos pasos apresurados por el pasillo. La puerta se abrió violentamente y Mercedes, muy agitada, irrumpió en su despacho.

— Agustín... – estaba sofocada y, podía apreciarlo solo con verla, asustada – que dice Carmencita que han asesinado al teniente Castillo.

Agustín se puso en pie dejando los Episodios Nacionales sobre la mesa. Carmencita era la sirvienta que ocupaba el puesto de doncella. Llevaba trabajando en la casa hacía más de dos años y como todos los sirvientes tenía permiso la tarde del domingo que aprovechaba para salir.

— ¿Cómo dices? – había entendido perfectamente lo que Mercedes le había dicho pero aquella pregunta era una forma de ganar tiempo antes de enfrentarse a una noticia semejante.

— Que Carmencita dice que han asesinado a tiros al teniente Castillo.

José del Castillo Saenz de Tejada. Teniente de Infantería que en 1934 se negó a ordenar a sus soldados que abrieran fuego contra los manifestantes revolucionarios. Fue procesado y pasó un tiempo en prisiones militares. La amnistía del Frente Popular le permitió recobrar la libertad y se incorporó a la Guardia de Asalto. Era una de las bestias negras de Mercedes sobre todo desde que a mediados de abril, en el entierro del alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes, disparó a boca de jarro contra un estudiante.

— ¿Está segura? ¿No será un simple rumor?

— ¿Por qué no vienes a hablar con ella?

Agustín siguió a su mujer hasta la cocina. Sentada en una silla, Carmencita, vestida de calle, hablaba en susurros con Petra, la cocinera, igualmente vestida de calle.

— Buenas noches – saludó Agustín. Eran pocas las veces que había entrado en la cocina de su casa - ¿Qué me dice la señora que ha ocurrido, Carmencita?

La doncella era una joven nacida en un pueblo de Toledo, delgadita y no fea. Se había levantado tan pronto como Agustín había entrado en la cocina y, con las manos sobre el pecho, como si rezara, se dispuso a contestarle.

— Pues verá usted, señor... – la chica procuró ordenar sus ideas – Yo tengo una amiga de mi pueblo que se llama Angustias y es novia de un Guardia de Asalto...

La señora de la casa torció el gesto; la República siempre tuvo una limitada confianza en la Guardia Civil y en los res-

tantes cuerpos de seguridad. Por ello había creado un cuerpo policial que fuese republicano hasta la médula y en el cual pudiera confiar enteramente: la Guardia de Asalto.

— y hoy el novio de Angustias entraba de servicio en el cuartel de la calle Pontejos a las diez de la noche. Angustias y yo le acompañamos hasta allí y al llegar vimos mucho bullicio y muchas caras largas. El novio de Angustias preguntó qué pasaba y le dijeron que unos fascistas habían disparado al teniente Castillo en la calle Fuencarral y que le habían matado.

— ¿Estás segura que le han matado?

Carmencita se puso roja como un tomate al tiempo que se tapaba el rostro con las manos.

— Yo solo sé lo que le dijeron al novio de Angustias...

— Bueno, bueno, Carmencita... Tranquilízate... Petra: prepare usted una tila para Carmencita y que se la beba antes de irse a la cama.

— Ahora mismo la preparo, señor.

Mercedes y Agustín se dirigieron a su dormitorio. Al llegar, Mercedes, asustada, se sentó en la cama de matrimonio y miró a su marido.

— Si es verdad eso que nos ha contado Carmencita ¿qué crees tú que va a pasar?

— Cualquiera sabe. Este no es sino el último episodio de esta historia trágica de asesinatos y venganzas: hoy te mato a ti porque unos amigos tuyos mataron a un amigo mío hace unos días. Y así sucesivamente... Lo malo es que Castillo era alguien significado entre los republicanos. No es lo mismo asesinar a un falangista que vende su periódico en la calle que a un teniente de la Guardia de Asalto como Castillo, con todo su historial a cuestas.

— ¿Y quién puede haber sido?

— Seguramente los falangistas.

— ¡Merecido se lo tenía! – el susto de Mercedes había sido vencido por su odio a los Guardias de Asalto y demás republicanos - ¡Mira que disparar a ese pobre estudiante en el entierro del alférez de los Reyes...!

— ¡Cómo puedes decir eso! Nadie se merece que lo asesinen...

— ¡Pues yo me alegro de que los falangistas lo hayan matado! Y eso que ese Castillo era pariente lejano de José Antonio Primo de Rivera...

— ¡No puedes alegrarte de la muerte de ningún ser humano, Mercedes! Y mañana pretenderás ir a Misa ¿verdad?

Mercedes levantó la cabeza, adelantó la barbilla y frunció los labios. Era su forma de poner de manifiesto que no iba decir más pero que no pensaba cambiar de idea.

¡Ya estaban otra vez! Agustín llevaba mal la postura que Mercedes había adoptado frente a los conflictos que dividían a los españoles. Ella no se daba cuenta que hacía lo mismo que reprochaba con tanta vehemencia a los del Frente Popular. Odiar a quien no piensa como tú es obligarle a que también te odie a ti. De ese mutuo odio podían derivarse muchas cosas y todas malas...

Últimamente discutían demasiado frecuentemente por el mismo motivo. Agustín adivinaba que Mercedes trataba por todos los medios de no reprocharle que él pensaba como pensaba debido a su origen humilde. Incluso podría llegar a echarle a la cara su ingratitud hacia su padre que le había permitido vivir mejor de lo que nunca hubiera soñado. Se temía que en algún momento, en el descontrol de una de tantas discusiones se le escapase y... Aquello podía ser un agravio demasiado ofensivo y demasiado injusto. ¿Qué pasaría después? Prefirió suavizar la situación recurriendo a un tema que daba siempre buenos resultados:

— ¿Está descansando Tinín?

Aquel niño de ojos grandes y profundos, de poca salud y tímido hasta la exageración, era la debilidad de Mercedes. Agustín se preguntaba cuánto de su timidez era consecuencia de la sobreprotección de su esposa.

— Sí; está dormidito en su cama - en un instante, Mercedes abandonó su postura de leona herida y una sonrisa curvó sus

labios - Está ya mucho mejor del resfriado y no tose apenas nada...

— ¿Está tomando su jarabe?

— Sí, y el reconstituyente que le recetó el doctor Casado.

— Estupendo. Cuando le vi esta mañana me dio la impresión de que había crecido.

— Es que los niños, en cuanto se pasan unos días en la cama, pegan un estirón.

Dieron comienzo al diario ritual de acostarse. Debido al calor propio del verano madrileño vestían de forma ligera. Mercedes recogió su camisón de hilo de un cajón y marchó al cuarto de baño para desnudarse. Agustín aprovechó para quitarse el pantalón y la camisa y se puso el pijama. Tenía sueño pero prefirió esperar a que Mercedes terminase en el cuarto de baño para meterse en la cama. Ojeó un libro que tenía sobre la mesilla mientras escuchaba a su mujer realizar todas y cada una de las tareas encaminadas al cuidado de su imagen que acometía cada noche.

Se le cerraban los ojos cuando Mercedes salió del cuarto de baño cubierta con una bata de seda que un amigo de la familia la había traído de Oriente. Apagó la luz de la habitación y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Se quitó la bata. El camisón era casi transparente e iluminado de costado mostraba el cuerpo de Mercedes con toda nitidez. Agustín recordó a aquella joven con cuerpo de niña, delgada, casi sin curvas que conoció en una fiesta navideña que don Nicolás daba a sus directivos. Ahora Mercedes era una mujer de pelo castaño y ojos marrones, a la que la maternidad y la treintena había proporcionado una figura plena y deseable.

Agustín entró en el cuarto de baño. El espejo reflejó un rostro moreno y de ojos oscuros y vivos. Para su desgracia el pelo huía de su frente y dos profundas entradas ponían de manifiesto que cuando llegase a los cuarenta años alcanzaría la categoría de “calvo”.

Mercedes había apagado la luz. No quiso molestarla y se acostó a su lado en silencio. Notaba cómo se le cerraban los ojos...

— ¿Qué se sentirá cuando te pegan un tiro? – preguntó Mercedes de improviso.

— No lo sé – respondió Agustín sorprendido – Nunca me han disparado.

Mercedes sofocó una risa.

— En serio: ¿cómo será eso de morirse? – insistió.

— No tengo ni idea... Creo que debe ser diferente el morirse como consecuencia de una enfermedad, cuando tu cuerpo está ya sin fuerzas, que cuando te mueres de improviso como consecuencia de un accidente o...

De improviso Mercedes se agitó en la cama y se acercó a su marido abrazándole.

— ¿Qué irá a pasar ahora? – preguntó en muda referencia al asesinato del teniente Castillo.

— La situación es muy peligrosa. Ahora mismo habrá unos cuantos republicanos pensando en vengarle y decidiendo a quien irán a hacer una visita. Y no se van a contentar con un desconocido. Buscarán a un personaje importante, para demostrar que tienen lo que hay que tener...

— ¡Qué horrible para la familia de alguien a quien asesinan de un tiro!

— Creo recordar que Castillo se casó hace poco. Creo que fue en mayo...

— ¡Qué disgusto para su pobrecilla esposa!

Era curiosa la forma de pensar de Mercedes. Se alegraba o decía alegrarse de que al teniente Castillo le hubiesen asesinado pero se compadecía de su esposa, viuda unos meses después de la boda.

Permanecieron en silencio unos minutos. Hacía calor y sus cuerpos sudorosos no se inclinaban hacia los deleites conyugales. Además, el nacimiento de Tinín supuso muchos problemas para la madre y el doctor Casado les recomendó no tener más hijos.

— ¿Qué pasará mañana en la fábrica? ¿Vas a ir a trabajar?

— No tengo otro remedio, pero el ambiente va a estar muy cargado. Nadie atiende a razones. Si han matado a Castillo responsabilizarán del asesinato a toda la derecha sin excepción...

— ¿Y ellos cuando asesinaron al alférez de los Reyes? ¿Qué tienes que decirme a eso?

¡Ya estaban otra vez! Por culpa de personas con la estrechez de miras de Mercedes estaba la situación como estaba pero no podía decírselo, claro está. Con un movimiento brusco Mercedes huyó de sus brazos y se refugió en el extremo más distante de la cama.

A las siete y media de la mañana estaba en su despacho. Había pensado que sería preferible entrar en la fábrica antes que los obreros. No fue una mala idea. Les observó disimuladamente y, como era lógico, estaban muy crispados. Para ellos, Castillo había sido un ejemplo: el militar honrado y leal que se había negado a disparar contra los obreros y campesinos sin importarle qué le pudiera pasar después. Para la izquierda en general y para la Guardia de Asalto en particular, la imagen de aquel teniente de gafas redondas y de bigotillo cuidadosamente recortado había ido creciendo hasta convertirse en un ídolo de los proletarios. Y ahora estaba muerto...

— ¿Qué dice la “Hoja del Lunes”? – preguntó Agustín a Alfredo Ibáñez el empleado que hacía las veces de su secretario.

— No hace más que hablar de lo de Castillo – respondió Ibáñez.

La Hoja del Lunes, el único periódico que se vendía en España el primer día laborable de cada semana para permitir descansar a los trabajadores de las restantes publicaciones, daba toda clase de detalles sobre el asesinato. José del Castillo, de treinta y cinco años, entraba de servicio a las diez de la noche en el Cuartel de la Guardia de Asalto de la calle Pontejos. Para ello salió de su casa en la calle de Augusto Figueroa pasadas las nueve. Tenía pensado ir andando hasta el cuartel para lo cual se encaminó hacia la calle Fuencarral. En cruce

de las dos calles, junto un Oratorio conocido con el nombre de Santa María del Arco, varios individuos abrieron fuego contra él. Castillo cayó al suelo herido de muerte. Un transeúnte resultó también herido de gravedad. Se le trasladó en un coche hasta el Equipo Quirúrgico de la calle de la Ternera pero ingresó cadáver.

Todos cuantos comentaban los hechos hacían mención a su excepcional gravedad. Castillo era todo un personaje de la izquierda, un héroe. La pregunta que todos se hacían era: ¿cómo responderá ahora el Frente Popular?

— ¿Qué le parece a usted esto? – quiso saber Agustín señalando al periódico.

Alfredo Ibáñez trabajaba con él desde hacía más de tres años. Era puntual, meticulado, ordenado y leal a la empresa... Se incorporó a Manufacturas Metálicas Herrera S. A. hacía unos ocho años. Agustín le había rescatado del departamento de Contabilidad y lo había nombrado su ayudante. Había directivos que preferían disponer de una secretaria, como habían visto en las películas americanas, pero a él ni se le había pasado por la cabeza. ¡Pues buena era Mercedes como para aceptar que su marido trabajase mano a mano con otra mujer!

— Pues no lo sé, don Agustín... Desde luego es algo grave.

— ¡Y tan grave! Pero a mí lo que me preocupa son las consecuencias de este crimen. ¿Van a estarse quietecitos los del Frente Popular? Me temo que no...

Agustín cayó en la cuenta que no sabía nada de las inclinaciones políticas de Alfredo Ibáñez. Desde luego, persona de orden era, pero también había personas de orden entre los de izquierdas.

— Es muy posible que en estos mismos momentos estén ya estudiando como vengar a Castillo.

— Eso me temo... – había llegado el momento de volcarse en el trabajo - ¿Han contestado los de Maquinaria del Norte?

— Por ahora no.

— Recuérdeme que mañana llame a su Director.

Sonó el teléfono y Agustín Gálvez se perdió en los vericuetos del trabajo diario.

Pasado el medio día, Alfredo Ibáñez entró en su despacho sin llamar. A veces lo hacía, desde luego, pero lo habitual es que golpease la puerta y entrase sin esperar respuesta. Agustín levantó los ojos y le vio demudado, pálido, con los dientes apretados...

— ¿Qué ocurre, Alfredo? – aquella era una de las pocas veces que le llamaba por su nombre.

— Don Agustín...

— ¿Qué pasa?

Ibáñez dio dos pasos en dirección a la mesa de su jefe. Se retorció las manos como si algo le atormentase.

— Tengo un amigo en la Dirección General de Seguridad. Me acaba de llamar por teléfono: ¡han asesinado a Calvo Sotelo!

— ¡Cómo dice! – Agustín se había levantado de un salto – No es posible... Era parlamentario... Tenía escolta...

— Es que... – Ibáñez vaciló – es que parece que quienes le asesinaron fueron Guardias de Asalto.

— ¡Dios mío!

En un instante Agustín se representó la escena en su mente: en el Cuartel de Pontejos se espera al teniente Castillo. No aparece. Lllaman del Equipo Quirúrgico y les dan la noticia. Indignación, gritos de quienes reclaman venganza. Luego, los más exaltados, tal vez los más amigos de la víctima, toman una terrible decisión...

— Alfredo...

— Sí, dígame...

— Esto es el final... El Ejército no va a consentir que agentes de la autoridad asesinen al líder de la oposición. De esto a la sublevación no hay más que un paso... Intente poner una conferencia a mi suegro. Está en la Palomera...

— Ahora mismo.

Agustín marcó el número de teléfono de su casa. Contestó Carmencita, la doncella.

— Carmencita, soy el señor. ¿Está la señora?